

LOS CASTILLOS DEL DUERO

POR MARTÍN ALONSO

Para trazar una obra de unci3n, de Arqueologfa y de Historia, hace falta viajar, como el conde de Gamazo, en romerfa espi-ritual por la meseta de Castilla. Al conjuro de sus pasos surge la hiedra del recuerdo, entre adarves y saeteras, fibulas visig3ticas y sillares desmoronados de esos castillos, que no son cuna ni oasis, como dirfa Balzac, sino sencillamente diadema de conquista y raices de Historia.

Sus muros c3rdenos y vitales dan frente a la desgracia, llenan sus vacfos de epopeyas y en el ampo de las lunas heladas cantan su canci3n de hierro y su estrofa lfrica de amor.

Castiella se llam3 por ser tierra de muchos castillos. La etimologfa de esta palabra nos lleva al latfn *castellum*, diminutivo de *castrum*, campamento permanente de los romanos y puesto militar enclavado por las legiones en los puntos estrat3gicos para la seguridad de sus posiciones conquistadas.

La Acr3polis. lugar alto y fortificado de las ciudades griegas, sirvi3, primero, de ciudadela contra los pueblos invasores, y m3s tarde, lugar saturado de mitologfa, ampar3 las grandes creaciones artfsticas.

Nuestros castillos van jalonando el campo de Espa3a y paginando la historia de las armas y la historia del Arte.

Unos crecen en la cumbre descarnada de los cerros y enfilan sus muros cicl3peos, como Acr3polis, contra la invasi3n, salvaguardia de la Reconquista. Otros descienden a los valles, cifien su cerco murado de torres, almenas, matacanes, fosos, puentes y reductos, y extienden su guardia permanente, como el *oppidum romanum* en las lneas avanzadas de las ciudades fronterizas, en defensa de la comarca, o son simplemente albergue de caudillos, feudo de prelados y magnates, casa fuerte del se3or territorial, que blasonaba la puerta con sus armas.

Tal vez la leyenda se eslabone con las tribus colonizadoras, que aseguraban sus dominios al resguardo de las defensas naturales.

La Edad Media devana su vida azarosa con dos marcas se3oras de cruzadas: la fe de las catedrales y el hero3smo de los castillos. Las catedrales colocaron el alma del pueblo en posici3n vertical, y en un anhelo infinito de victorias, desplegaron al viento su religiosidad, cristalizaron el ascetismo en las agujas g3ticas, como una plegaria ascendente de piedra cristiana.

Los castillos resumen las andanzas espa3olas durante los siglos X al XV. Sintonizan los tres grandes poderes de la autarqufa medieval: el poderfo de las armas, de la nobleza y del monacato.